

sino á quien hubiese de dar ó hacer algun bien. Era como las aves seléucidas, que jamas las ven los habitadores del monte Casio, sino cuando las han menester para que los limpien la tierra de langosta.

Todas estas cosas hacian al santo varon muy respetado y amado de los indios y portugueses, y juntamente el reconocer en él espíritu de profecía, con el cual les anunciaba lo que les habia de acontecer.

Un dia, viéndose aquella isla muy á peligro de ser tomada por los moros, y los moradores sin esperanza ya de remedio, porque venia una gran armada de ellos, y llegaban ya cerca de desembarcar; el P. Ribeyro con grande seguridad y sosiego les dijo, que no habia que temer; porque tenian cierto el socorro de Nuestro Señor. Así fué, porque delante de sus mismos ojos se deshizo y desbarató la armada enemiga, echando cada galera por su parte, quedando los isleños libres maravillosamente.

Por estas mismas causas era el P. Ribeyro aborrecido de los moros, que le tenian grande ojeriza, persiguiéndolo en todas ocasiones. Pegáronle una vez fuego dentro de su pobre casilla para abrasarle con ella; pero librólo Nuestro Señor con su providencia, que todo lo alcanza.

Otra vez se escapó de sus manos, huyendo en un barco muy desacomodado, y, como tal, se hundió dentro de la mar; y hubo de salir el siervo de Dios gran trecho á nado, si bien tan maltratado de los golpes que se dió en las rocas y peñascos, de modo que no se podía tener en pié; y así anduvo dos ó tres dias arrastrando por la tierra, en los campos desiertos, hasta que Dios Nuestro Señor le deparó un hombre, que, compadeciéndose de él, le llevó á una poblacion de cristianos, á donde repararse; y no fué esta vez sola la que padeció naufragio este verdadero imitador de S. Pablo.

Viendo los moros que con el incendio no habian podido darle la muerte al santo Padre; deseosos de vengar las injurias hechas á su falso profeta, se concertaron con un hombre perverso, que diese la muerte con veneno al siervo de Dios, ofreciéndole buena cantidad de plata si salia con ello. El ministro de la maldad, en cumplimiento del concierto, el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, despues de haber dicho el Padre Misa con singular devocion y sentimiento, entre la comida le dió el veneno, que luégo comenzó á causarle grandes bascas, excesivos dolores de estómago y una récia calentura.

Bien juzgó el siervo de Dios que la enfermedad era mortal, pero, por no dejar ni aún entónces de aprovechar á las almas de sus feligreses, se hacia llevar en peso, como otro S. Juan Evangelista, á visitar las poblaciones, enseñando y alentando á todos á perseverar en la fe, seguir la virtud y huir el vicio: hasta que, el séptimo dia, con increíble tormento y mayor paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, abrazando devotamente un santo Crucifijo,

dió el alma en sus manos con increíble sentimiento de los cristianos y admirable opinion y fama de su santidad, año de 1549.

El martirio de este dichoso confesor de Cristo escribieron el P. Nicolás Orlandino en la primera parte de la *Historia de la Compañía*; Rutilio Benzonio, Obispo de Recanate, *libro primero del Jubileo, cap. 11*; P. Luis de Guzman, en la *Historia de sus Misiones, lib. 2, cap. 52*.

Gerardo Montano, dedica á este dichoso Padre en su Centuria este epigrama:

*Cantharidum succos, lernaeque infunde nocentes
His Maure, et saniem Gorgonis adde super.
Gestit, et optata diffusus amystide vultum
Nunnius Hyblaeae munera ridet apis.
Nec meruit diro spumantia pocula letbro,
Virus in ambrosio gutture nectar erat.
Hoc meritum est, amor alme, tuum, feralia lernae
Toxica qui solus reddere mella potes.*

P. NIEREMBERG.

P. ALONSO DE CASTRO

EL dichoso P. Alonso de Castro, siervo fiel y glorioso mártir de Jesucristo, nació en la ciudad de Lisboa, de padres honrados.

Fué desde niño tan bien inclinado, que no parece habia nacido sino para ser santo. La misma virtud parecia natural en él, teniendo como entrañado en su alma un gran afecto y deseo de servir á nuestro Señor, y sus padres procuraron se adelantase en ella y tambien en las letras.

Confesábase con el P. Francisco de Viera, de la Compañía de Jesus, que despues pasó á la India, el cual ayudaba mucho á su penitente Alonso en el espíritu, y le puso en tanta perfeccion, que deseó imitar á los mayores santos, y hacer y padecer mucho por Cristo, hasta la misma muerte.

Pretendió entrar en la Compañía, y pareciéndole que lo alcanzaria mejor en la India y que allá tendria mayor ocasion para cumplir sus santos deseos, y alcanzar una corona gloriosa de mártir; se embarcó secretamente, sin decir nada en su casa. Tuvo aviso de ello, ántes que se diesen las naos á la vela, un

hermano suyo mayor y ya doctor, persona de muchas prendas y autoridad; fué luégo á la nao con gran número de personas de toda su familia. Buscan á Alonso por toda la nao, y fué con tal cuidado, que le sacaron de su escondrijo, donde se habia encubierto; mas no por eso faltó á su propósito. Porque, diciendo el hermano y los parientes al capitan de la nave cómo aquel manco se iba á la India contra su voluntad, y que le querian volver á su casa; Alonso dijo que no conocia á tal hombre como aquel doctor, y que no era su hermano, porque no le queria por tal, pues lo queria apartar de su bien y estorbarle que no siguiese la bandera de Cristo. Al fin fué tal su constancia, que se hubo de volver el doctor y todos sus parientes como vinieron.

Era tan grande el fervor de Alonso y de otro muchacho que le quiso hacer compañía é imitar en todo, que no quisieron llevar género de matalotage ni viático alguno para navegacion tan larga, porque, aunque le tenian ya apercebido, no le metieron dentro de la nave.

Estaban con tales pensamientos del cielo, que no se acordaban de cosa de la tierra; y tan confiados en aquel Señor, á quien querian servir con todas sus fuerzas, que descuidaron totalmente de sus cosas. Y aunque el P. Francisco de Viera les hizo meter en la nao el viático, ellos lo repartieron luego por amor de Dios, no queriendo tener otra provision más que la esperanza de su divina providencia; estando más contentos con la pobreza y cruz de Cristo, á quien deseaban seguir desnudos, que con todos los bienes del mundo; y así, dando lo que tenian de limosna, ellos la pedian para sustentarse: ni tenian otra acogida sino un arcon de un artillero; éste les servia de habitacion, de cama, de mesa y de silla.

El tiempo ocupaban en oracion y leccion santa; lo que hablaban entre sí era de cosas de Dios. Fuera de la oracion y leccion, no hacian más que visitar y servir á los enfermos de la nave. En esta obra de caridad pasaron muchos trabajos, pero con rara alegría; ni la mostraban menor cuando les trataban mal algunos, y decian injuriosas palabras, ó hacian burla de ellos; tanto como esto puede el amor verdadero de Dios, que da gustos del cielo en las mayores penas de la tierra.

Habiales trocado el corazon el Señor y aún el sentido, de modo que hallaban dulzura en lo amargo y amargura en lo dulce, y tormento en lo más deseado del mundo.

Llegaron á estar tan maltratados y despreciados, que ellos mismos se maravillaban de sí; y mirándose uno á otro, no podian contenerse de risa, viéndose de la manera en que estaban, y que habian ya conseguido buena parte de lo que deseaban padecer por su Señor.

Cuando llegaron á Goa, y declararon á S. Francisco Javier sus deseos san-

tos y lo que habian pasado para conseguirlos, los recibió luégo en la Compañía, pareciéndole la habian merecido bien sus muchos trabajos y aún muchas virtudes, que habian descubierto en tan largo viaje.

Al uno de ellos se las premió Dios luégo, llevándole para sí al cielo. Pero á nuestro Alonso de Castro le quiso pagar con nuevos trabajos los que habia pasado por su amor, y últimamente remunerarle todos con una gloriosa muerte padecida por su santo nombre.

Recibido en la Compañía, fué raro el ejemplo que dió de humildad, mortificacion y desprecio del mundo, aunque esto tuvo toda su vida. Tenia insaciable deseo de padecer por su Redentor, y derramar su sangre por la fe.

Conocia bien S. Francisco Javier lo que habia de ser, y así le mandó ordenar de Sacerdote, y el mismo Santo le llevó consigo á Malaca, donde dijo la primera Misa: y como tenia grandes hombros de virtud, puso en él S. Francisco Javier gran peso de trabajos, señalándole para las islas Malucas, para que en ellas cultivase la viña de Cristo, y rompiese nuevas tierras, para sembrar en ellas el grano de la palabra divina.

Predicó, ántes de partirse, en Malaca y Cochin con tal gracia, tal fruto, tal edificacion y tal aplauso de todos, que hicieron los de Cochin grande instancia para que se le dejasen por predicador; mas el siervo de Dios, deseoso de la palma del martirio, y con algunos prenuncios de alcanzarla, despreciando todos los aplausos de los hombres, porque esperaba los de los ángeles, no quiso detenerse, sino ir á su provincia y empresa señalada de la obediencia y deseada de su corazon, por pensar encontrar allí un rico tesoro de trabajos.

Halló el siervo de Dios lo que deseaba: padeció muchísimo, con increíble paciencia, de los moros y gentiles y aún de los cristianos, y, lo que más es, de los religiosos. Pero, como para él no era desabrida esta fruta de trabajos, añadía á los necesarios otros voluntarios, y ayudaba á sus mismos émulo á que le afligiesen.

Hacia grandes penitencias, y su comida no era más que un pececito sin aderezo alguno, sin aceite ni sal; carne nunca comia.

Aprendió luégo la lengua de aquellas gentes con gran perfeccion. Predicaba dos veces cada día; lo ordinario era por la mañana á los portugueses, y por la tarde á los naturales, sin perdonar trabajo por el bien de las almas; porque el celo, que tenia de ayudarlas, le facilitaba todo, y el Señor le ayudaba con singulares favores y mercedes que le hacia, y le fortalecia con fuerzas más que humanas, para los inmensos trabajos que tomaba por su amor en la conversion de aquellos moros y gentiles, en la cual estaba tan embebido, que no hacia ni pensaba otra cosa.

Quería él solo convertir á todos; y así, aunque por su gran virtud era el

Superior de la mision, y lo fué por casi once años, á quien estaban sujetos todos los de la Compañía, que estaban en aquellas islas y las circunvecinas, y siendo Rector de Ternate, que es la principal y cabeza de ellas; se fué por sí mismo á predicar á Cristo en las islas de Moro. Porque aunque tenia una salud muy quebrantada, y estaba tan delicado, que cualquiera airecito le hacia gran daño, no se quiso rendir á los achaques; y sobre la paciencia que en ellos tenia, añadía excesivos trabajos, que tomaba voluntariamente por la salvacion de las almas, sin perdonar á caminos ni peregrinaciones, aunque muy trabajosas y contrarias á su poca salud.

Estando en esta empresa, le sucedió un caso raro, en que dió singular ejemplo este siervo de Dios de paciencia, modestia, desprecio de sí. No sé haya sucedido otro semejante caso en la Compañía, en la cual fué un horrendo monstruo ni ántes ni despues visto en ella; y era que Dios lo permitió para acrisolar la virtud del P. Alonso de Castro, que, cuanto padeció más agravio de quien ménos pensaba y de persona más acreditada, fué mayor el golpe y mayor la prueba de su virtud.

El P. Antonio Vacio, persona de más celo que prudencia, y de más trabajo que humildad, como despues se mostró, habia acabado de hacer una gran hazaña cristiana; porque convirtió y bautizó al rey de Baccian y al hermano del mismo rey, y otras tres hermanas suyas, y una hija espuria con su misma madre, y á los demas parientes y deudos del rey, con la mayor parte de los señores y no pequeña del pueblo. Prosiguiendo en la conversion del reino, cayó tan gravemente malo, que hubo de volverse á Ternate. Allí tuvo una tentacion diabólica, y se dejó vencer de ella con la entrada que tenia con los portugueses y crédito que habia ganado; y fué introducirse por Rector del colegio de Ternate, con tal maña, y al parecer con cartas fingidas del Provincial de la India, que se hizo recibir por tal de los portugueses.

Al fin el Rector intruso gobernaba todo con gran descrédito del verdadero Rector P. Alonso de Castro.

No se espante nadie que en varon tan apostólico hasta allí cayese esta tentacion; pues entre los apóstoles de Cristo, no una vez sola se levantó esta contienda: *Quis eorum videretur esse maior*. Son altísimos los juicios divinos, para que con humilde veneracion los admiremos, y nos encojamos todos, y estremezcamos de ellos, y procuremos conservarnos en humildad profunda.

Por dar Dios que merecer á su siervo Alonso, y por castigar alguna secreta soberbia del P. Antonio, permitió se manifestase con este hecho, inaudito á los nuestros, para que saliese á la cara el mal interior del P. Antonio Vacio, y se pudiese curar, como se curó; y la virtud del P. Alonso de Castro

echase de sí mayores resplandores, doblándolos con la oposicion de tan pesada adversidad. Todo tuvo buen fin.

Entre tanto fué increíble lo que padeció el siervo de Dios, cosas muy indignas y grandes desprecios de su persona. Era rara su paciencia y mansedumbre; y tan notable su modestia, que por no tener contiendas, ni ser ocasion de escándalo al pueblo con algun cisma entre los nuestros; se detuvo un año en las islas del Moro, sin querer ir á su colegio y rectorado de Ternate para echar al intruso, fiando de Dios, que con su admirable providencia dispondria todas las cosas bien, y volveria por la verdad; contentándose con encomendar á Su Divina Majestad todo aquel árduo negocio, y especialmente al falso Rector.

En esta sazón habia llegado á Ternate el P. Francisco de Viera, su confesor antiguo y maestro de espíritu en Portugal. Viendo la insolencia que se usaba con el P. Alonso y la admirable paciencia con que lo llevaba, le apretó tanto con cartas, que hubo de venir á Ternate: pero el Señor ordenó las cosas de manera, que no tuviese los ruidos y resistencia que podía temer; porque castigó Dios al P. Antonio con una gravísima enfermedad, en la cual, como un reo en el tormento, confesó á voces su culpa y ambicion. Declaró públicamente la verdad, desengañando al pueblo, con gran dolor de lo que habia hecho. Fuera de que tambien llegaron cartas del P. Provincial de la India, por las cuales constó ser el legítimo Rector el bendito P. Alonso de Castro, y el intruso el P. Antonio Vacio.

Sirvió esto para tener todos mayor estimacion de la santidad del siervo de Dios Alonso; pues como si no le tocara se habia habido en aquel negocio, conservándose en su caridad y edificacion, sin querer por su causa dar escándalo á la gente.

No era aún profeso de cuatro votos el P. Antonio Vacio, y así le despidieron de la Compañía; aunque él quedó tan humilde y arrepentido de lo hecho, é hizo tan notable penitencia de su ambiciosa pretension, que mereció, por los extremos que mostró, ser otra vez recibido en la Compañía en el noviciado de la India.

Sosegadas tan felizmente aquellas turbaciones, se tornó á partir el santo varon Alonso para las islas del Moro, á publicar en ellas un jubileo que habia traído el P. Viera, para que todos le ganasen, pareciéndole se le ofrecia buena ocasion de grangear muchas almas para Cristo.

Salió con intento de ir despues al reino de Baccian, para confirmar á aquel buen rey en la fe recibida y ayudar á la conversion de todo su reino; porque de la constancia y celo que mostraba el rey (Juan se puso por nombre en el Bautismo) se prometia la conversion de todas sus tierras.

Era el rey tan fino cristiano, como se podrá echar de ver por este caso. Cuando supo el rey Cacil Aerio, señor de la isla de Ternate, moro obstinadísimo y padre comun y como oráculo de toda aquella morisma, que el rey de Baccian se había hecho cristiano, sintiólo más que la muerte, y salía de sí de rabia y furor. Procuró por bien y por mal, con blandura y rigor, con promesas y amenazas, hacerle faltar á la fe, habiéndole amenazado de quitarle la vida á él y á cuantos cristianos había, y echar de las Molucas á los portugueses, y que ya se había aliado con algunos reyes para este efecto.

El valeroso y cristiano príncipe le respondió con mayor resolución, que, si él había de morir, no dudase sino que había de morir confesando á Cristo y perseverando en la fe recibida: pero quanto á lo que decía que á todos los cristianos había de echar de aquellas islas y de la vida, matándoles, que le convenia aguzar bien su espada; dándole á entender cómo por la defensa de los cristianos había de tomar las armas, y resistirle valerosamente.

En orden á sus dañados intentos hizo el rey de Ternate liga y conjuración con otros reyes, y quería echar los portugueses de todas aquellas islas. Supo esta conjuración el capitán de la fortaleza de Ternate y gobernador de los portugueses, y prendió con maña al rey de Ternate y á un hermano suyo. Cuando los moros vieron preso á su príncipe, tomaron las armas contra los portugueses, y un hijo del rey preso puso cerco á Ternate.

Supo el rey Aerio que el siervo de Dios P. Alonso de Castro estaba ausente en las islas del Moro, é hizo diligencias para que le hubiesen á las manos, así por el odio que le tenía por ser tan contrario á su secta mahometana, como por esperar que le trocarian por él; pareciéndole que era tan grande la autoridad del P. Alonso entre los cristianos como la suya entre los moros.

Los que llevaron al siervo de Dios desde Ternate á las islas del Moro eran unos moros de la isla de Iris, vecina á la de Ternate y vasallos del mismo rey Aerio preso, á los cuales envió á mandar que prendiesen al santo varón. Llególes la nueva cuando el Padre se quería tornar á Ternate, sin saber el estado de las cosas tan peligroso.

No hubieron bien recibido el aviso del rey, cuando los moros le robaron el cáliz y recado para decir Misa, los libros y quanto tenía el siervo de Dios; y acometiendo á él como perros rabiosos, le desnudaron todo hasta dejarle en carnes; echáronle luego un recio cordel al cuello, y á todo él le amarraron en el navío en forma de crucificado, en la cual estuvo cinco días con sus noches expuesto al sol y al sereno.

Estaba el siervo de Dios gozosísimo, viendo que se le había llegado la hora para él muy deseada, en verse hecho una viva imagen del Hijo de Dios y su Redentor Jesus, que murió por los hombres desnudo en una cruz.

Lleváronle de esta manera hasta Ternate, donde estaba el hijo del rey Aerio, que había puesto cerco á la ciudad. Presentáronsele al príncipe desnudo y atado con aquella maroma. Estaba hecho el siervo de Dios un espectáculo de duelos, de modo, que ablandó el pecho de aquel bárbaro, el cual, conociendo la estimación que aquel Padre tenía entre los cristianos y la que él merecía, se enterneció tanto, que se quitó de sus vestidos para cubrir su desnudez, y le dió su propia camisa y los calzones. Pidió á los que le traían, que eran los que le habían preso, que se le entregasen, que él le guardaría en buena prisión; mas replicaron que ellos se le guardarían muy bien, que no eran necesarias otras guardas.

Lleváronsele consigo á su isla de Iris; allí le tornaron á desnudar quitándole los vestidos que le había dado el príncipe. Quedó el siervo de Dios como antes en carnes, con solo un paño que le cubría sus partes vergonzosas. Con esta desnudez, atadas las manos atrás, y al cuello un pesado tronco ó gran madero, como en algunas partes se suele hacer con los toros bravos para tenerlos domados, y descubierto á las inclemencias del cielo, pasó treinta días y otras tantas noches al sol y al sereno y al aire como antes.

Este tormento de suyo era muy penoso; y por caer en la persona del Padre Alonso fué penosísimo, porque, con sus grandes trabajos y particular complexión contraria al temple de aquellas regiones, estaba tan delicado, que, si le daba un poco de aire en alguna parte desnuda de su cuerpo, le ofendía gravísimamente, de tal suerte que ni aún desnudarse de noche se atrevía, por la causa que hemos dicho, ni se podía mudar camisa, sino es cuando hacía tiempo muy templado; y así parece fué divina permission, para labrar mayor corona al santo varón, que le afligiesen con tan gran tormento de desnudez, tan contrario á su natural y salud. Medía el Señor el cáliz con la sed de su siervo, y los tormentos con las fuerzas que le daba y con el ánimo que tenía de padecer por su nombre; y así como éste era muy grande, así lo fueron sus tormentos.

A los dichos se llegaban otros muchos: no le daban de comer; en todo este tiempo, que fué un mes, no comió nada, sino se sustentó solamente de unos granillos de clavo, que á escondidas le metía en la boca uno, que se compadeció del santo varón; pero arrimósele al lado un cacique de los moros más celoso, persuadiéndole por ocho días continuos que renegase de Cristo, y siguiese á su maldito Mahoma.

En todos estos ocho días, ni de día ni de noche se apartó del constante mártir; y afirmó, que en todos ellos no había tomado comida ni sustento alguno de la tierra, muy maravillado de esto y de que el siervo de Dios, sin atender á lo que le decían, estaba ordinariamente meneando los labios, rezan-